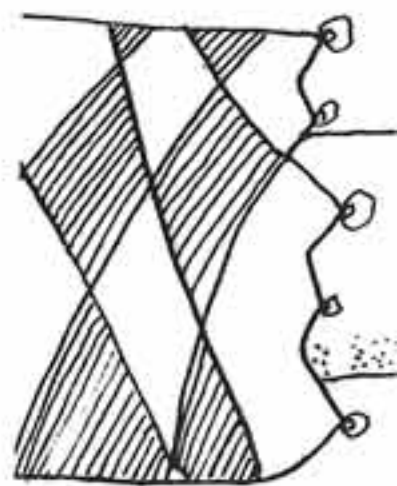




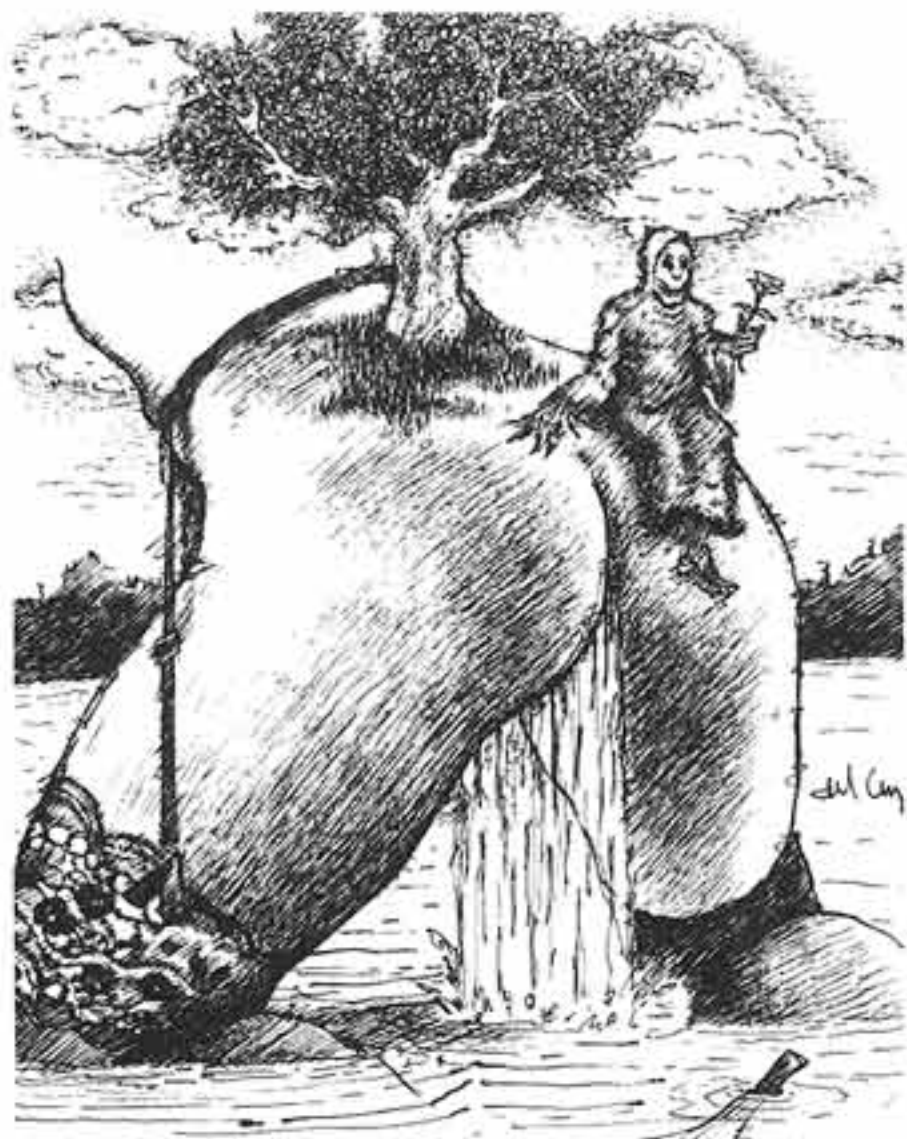
Kid Cavazos ganó su primera pelea cuando yo era soltero, delgado y pobre. Ocho años después, ahora que ha caído, tengo dos hijos, una panza enorme y sigo igual de pobre. Pero esas glorias aún no las olvido. Ciertamente era un boxeador lento, no muy elegante, no muy fino. Como esas erecciones que llegan ya muy tarde, cuando mi esposa

# La Virgen del Volkswagen



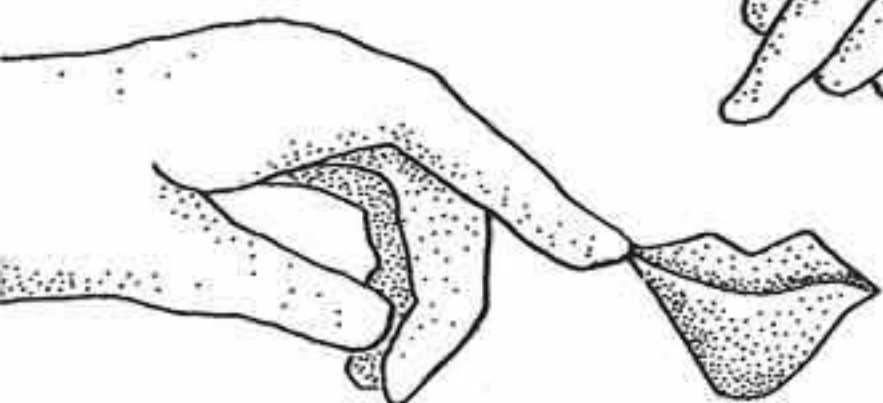
Jorge Harmodio Juárez

Facultad de Filosofía y Letras



se ha dormido. Su corpachón de peso gallo un poco pasado se tragaba los golpes del contrario; seis, siete, a veces hasta ocho rounds aguantaba el Kid antes de encontrar El Ritmo: un extraño bai-lotear entre las piernas, juego de cintu-ra, tranquilo en un principio, resoplando, jalando aire, sacando de balance al con-trario. Jab por aquí, gancho por acá, entra, sale, huye, se planta y golpea. To-dos sabíamos entonces que no faltaba mucho para que el diablo se le metiera al Kid entre los puños y sus golpes re-ventaran como centellas sobre el cuerpo enemigo. Ráfagas intensas, convulsio-nes de dolor ajeno hacían del Kid un vendaval infame. No se detenía hasta levantar la victoria entre los brazos. Su mánager lo cargaba en hombros, el pú-blico se le entregaba, y yo entonces me sentía verdaderamente arriba.

El taller mecánico de mi padre era un universo aburrido y grasiento. Los carburadores ahogándose en un suspiro, indecentes mujeres de papel en las paredes y las transmisiones automáticas en promiscuo contacto con calabazos y bujías. Pero los sábados. Los sábados, ¡Dios mío!, eran los sábados de Kid Cavazos. El viejo televisor sobre la cajuela de una carcacha inservible desde hace varios años. Los mecánicos como hipnotizados por sus puños. Yo los acompañaba hasta el tercer round, esperaba que la tensión se



acumulara en los rostros y entonces, confiando siempre en la lentitud de Kid Cavazos, entraba al baño, con una mano empuñaba el lavabo y con la izquierda mecía mi rostro de un lado a otro del espejo, lo apretaba, lo jaloneaba hasta el límite (gesticulaciones concentradas), la lengua iba y venía rítmica sobre los labios, la mano izquierda sostenía con aquella avidez primera mis espasmos y un chorro de alivio inundaba el taller cuando la campana del cuarto round salvaba al Kid de caer apabullado. Después regresaba rendido hacia su esquina, con un rostro satisfecho y a la vez tranquilo, tan parecido al mío cuando me sentaba de nuevo en la silla, abatido pero con cierta sensación de haber cumplido. Sin embargo a veces desconfiaba, imaginaba un nocaut fulminante, sus dientes mordiendo la lona, los mecánicos lamentándose, huyendo hacia el baño para desvelar de par en par mi juvenil lujuria. Pero no, Kid Cavazos nunca me falló. Muy por el contrario, en una de tantas funciones, cuando al tercer campanazo me disponía a celebrar mi ritual sabatino,

un salvaje volado de derecha se le incrustó en la quijada cimbrando las cuerdas y ya no me pude mover de mi asiento, un



poco por la angustia de nuestro ídolo y otro poco por esos dedos inciertos que Marcela —la repentina hija de Don Chuy, el eléctrico— posó suaves sobre mi muslo como buscando la niñez perdida.

Marcela dejó de ir a las peleas. Extrañamente mi interés por el boxeo decayó a partir de entonces. “Así son los chamacos” le decía Don Chuy a mi padre sin saber que en el sillón de su Volkswagen sintonizábamos la X para no perder detalle, mientras con volados de izquierda se defendía sin defenderse de mis húmedos jabs sobre su cuello y de mis ganchos de derecha sobre un muslo tierno. A cada pelea nuestro ídolo iba ganando terreno. Contra el Chango Casanova logró atrapar el taller. Contra el Mantequilla Nápoles conquistó la copa del sostén, contemplando extasiado. Pipino Cuevas apenas pudo defenderse antes de rendirse empapado pero firme ante los más íntimos labios de Marcela. Y en un electrizante comba-

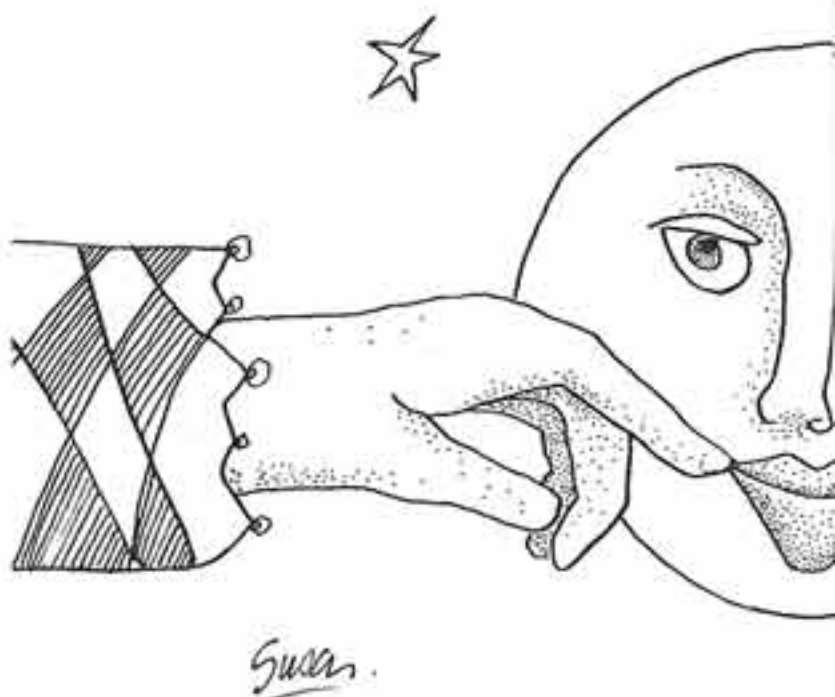
►39

## Un salvaje volado de derecha se le incrustó en las quijadas cimbrando las cuerdas

te el Púas Olivares casi aniquila al Kid entre lágrimas y reproches en el séptimo asalto. Pero como siempre, Kid Cavazos



se encontró con El Ritmo: un extraño bailotear entre las piernas, casi intenso. Juego de cintura inconcebible para esquivar las bragas. Jab por aquí, gancho por acá (ay Marcelita) Kid Cavazos se faja como un auténtico peso gallo, entra, sale, huye, se planta y acorrala al Púas contra unas cuerdas trémulas que se estremecen fascinadas. Ráfagas intensas, incontrollables, espasmos de un dolor compartido hacen del Kid el vendaval infame que ya todos conocemos. El Púas Olivares se tambalea. El Kid está a un paso del Campeonato Nacional, señores, cuando un vaivén enloquecido de



## Un chorro de alivio inundaba el taller cuando la campana del cuarto round salvaba al Kid de caer apabullado

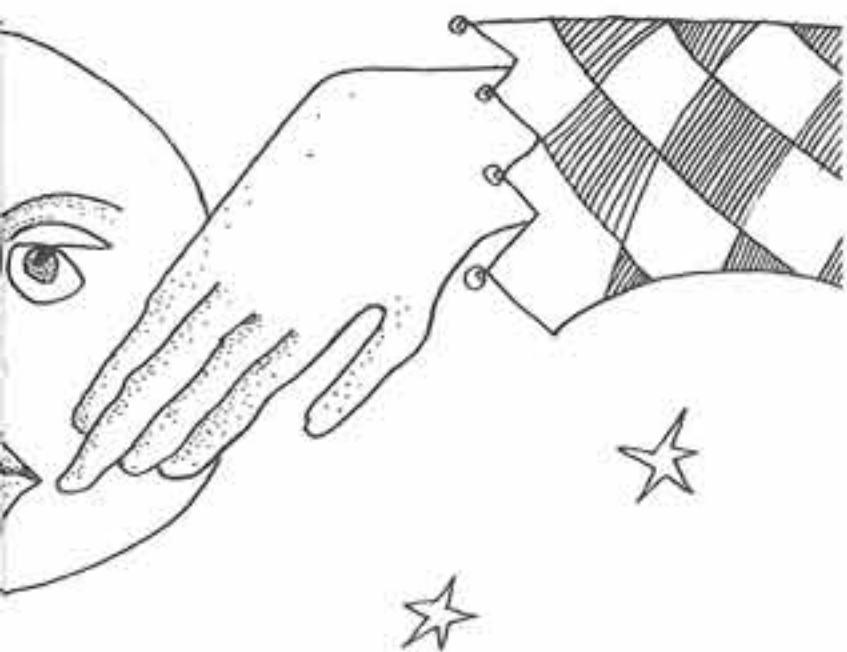
Volkswagen infinito suspende por unos instantes la sintonía de la X y el girar del universo cuando El Púas Olivares cae como un velo virginal sobre la lona. Su mánager lo levanta victorioso y tierno entre los brazos, señoras y señores, esto es un pandemonium, y a pesar de esa mirada de arrepentimiento tenemos un nuevo Campeón Nacional.

No fue difícil imaginar el fulgurante ascenso de Kid Cavazos en las listas del Consejo Mundial de Boxeo. Pero nadie imaginó que el alcohol se acabaría y el festejo del flamante Campeón del Mundo tendría que continuar en el taller eléctrico de Don Chuy. Plácidamente desnudos, aún dormidos, nos sacaron del Volkswagen con lujo de reproches. Su primera defensa del título, ya peleando en Las Vegas, la presenciamos to-

dos bajo la tradicional luna de miel acapulqueña. Y digo todos porque no sólo éramos Marcela y yo, sino también sus tres meses de embarazo.

Pepito nació sano y rozagante. Afortunadamente papá todavía alcanzó a conocerlo. Murió como todo un mecánico: engrasado hasta los dientes mientras bajaba la transmisión estándar de un viejo Ford ochenta y uno. Quizá un poco aburrido, pues ya las peleas de Kid Cavazos sólo las transmitía en pay

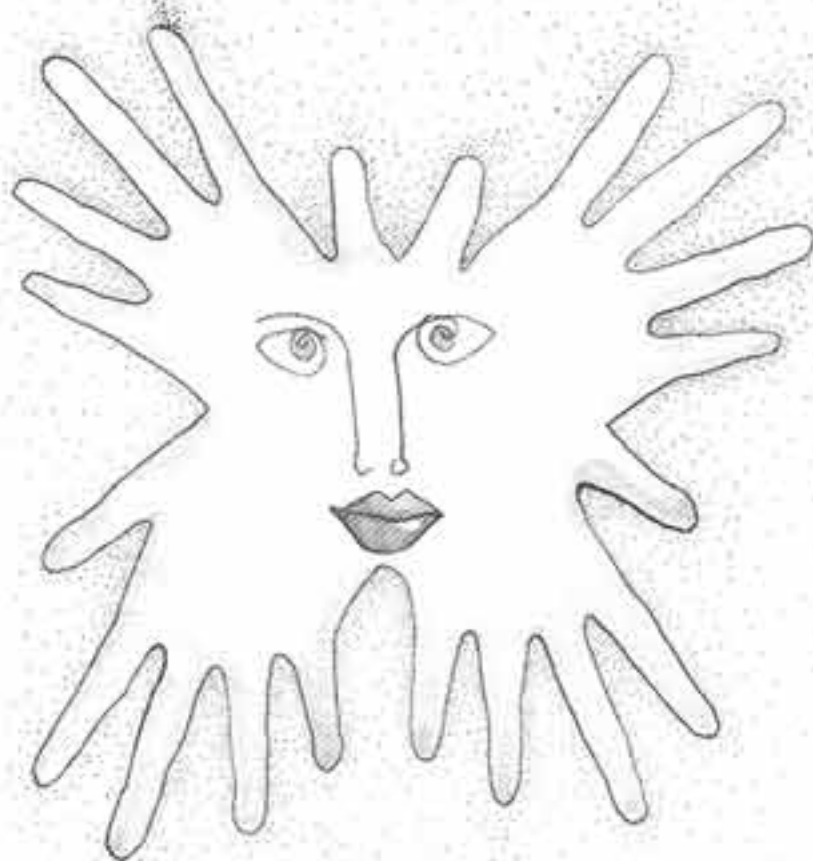




per event la televisión por cable. Me quedé a cargo del taller. La monotonía y la grasa se tragaron mis tardes y mis horas. Mientras el Kid defendía su invicto como una fiera, Marcela cultivaba en sus adentros una especial aversión contra la grasa y el aceite, misma que la llevó a dormir de espaldas, en el confin más lejano de la cama. Las salvajes jornadas de trabajo no me permitían más que hojear de vez en cuando la deportiva con la crónica de sus victorias. Subió hasta welter. Ganó más campeonatos, más cinturones, más combates. El último de ellos el día que Don Chuy, por un apuro, vendió el viejo Volkswagen, rompiendo así con el último lazo que débilmente nos ligaba. Esa noche me invitaron a un bar a ver otra vez al viejo ídolo. Palpitaban en mí el taller, la grasa, las mujeres incedentes (que Marcela ya ha quitado) pegadas sobre las paredes, y aquella emoción lejana de papá ante el combate de Kid Cavazos. En el bar no había un alma, el alcohol corría en casi todas las mesas, menos en la nuestra, pues los ingresos de mecánico nos dejaban apenas para una cuba mal preparada. Entonces apareció el ídolo. Entonces caí para siempre en el abismo. Ya no recuerdo más de aquella noche. Los absurdos gritos blandiendo el brazo go, go, go, go, el ídolo acabado, gordo, sobrado, sin alcanzar jamás El Ritmo,

sin el cuerpo, sin los puños, sin la fiera de antes. Hacía ya varios años que no hacíamos el amor. Me miró desconcertada. "Llegaste temprano" alcanzó a balbucear antes de subirse (treparse sería más exacto) y con maquinales movimientos hacer sonar la campana del tercer round. Duró doce rounds la pelea. Ganó por decisión y porque los jueces estaban vendidos. Lo que nunca logró fue levantar los ánimos del público, a pesar de que cambiamos de postura, a pesar de que abrió las piernas con desgano y se quedó dormida antes de los terribles abucheos con que lo despidió su afición de antaño. No pude dormir. No pude llorar. Sólo pude encender el videojuego de Pepito, y noquear contrarios hasta las seis de la mañana.

Kid Cavazos cayó a la lona por primera vez en su existencia una noche clara de verano. Una de esas noches que pelean hasta el último round contra la luz del día. Una de esas noches que vencen al sol por decisión muy apretada. Noches cortas, agotadas, que en el amanecer vuelven a perder siempre la







misma revancha. El retador se llamaba Marcial Mendoza. Trabajaba en la refaccionaria San Lorenzo, a tres o cuatro calles de aquí. Rubio, de espaldas anchas y fama de galán incorregible. Se miraron con furia, Cavazos habló más de la cuenta, juró por la misma virgen, la Virgen del Volkswagen, que acabaría con él, que lo noquearía antes del tercero. Pero esa noche la magia estuvo con el retador, tan ancho de espaldas, tan rubio, tan apuesto y mi Marcela que está aún entrada en carnes. Pepito y yo, más solos que nunca, senti-

mos nuestros dientes morder la lona, lo lloramos e incluso lo levantamos del radio cuando un salvaje uppercut de derecha le clavó hasta las meninges el primer orgasmo. Marcela recibió la cuenta de protección, sólo para ser penetrada de nuevo por otro derecha-azo seco que permaneció para siempre en la memoria de los que alguna vez creímos en Cavazos. Marcela regresó ya tarde. Despeinada. Habrá sido el rímel embarrado bajo los párpados. Habrá sido esa luna descamada que en un trueque fatal cambió las palabras por El Ritmo: un bailotear roto entre las piernas, un juego de cintura aterrorizando al enemigo, jab por aquí, gancho por acá, Marcela cae de bruces sobre la lona: muda, sangrienta y dolorosa como la victoria que nos negó Cavazos. Como las vírgenes del martirio. Como perdiendo esa otra virginidad, esa que se desgarrar con golpes y no con caricias; esa que no rompe el himen pero sí los huesos. En este combate no hay réferi ni campana que detenga la pelea, como tampoco habría derrota ni golpe capaz de detener el resoplado grito de dolor con que meses después Marcela echaría al mundo, en un hospital cercano a San Lorenzo, a un pequeño retador. Un pequeño retador y futuro mecánico. Rubio. Muy rubio ☉

